Ayer Inolvidable
Por: Manolo Campa

El 26 de septiembre de 1961 salí de Cuba. Era un joven en plenitud de facultades que "se comía el mundo". Seis décadas después, soy un anciano tranquilo, lento, desmemoriado. Ahora, en mi mente todo pronto se borra. Sin embargo, las vivencias de mi niñez y juventud no las he olvidado. Las vuelvo a vivir con una mezcla de alegría y tristeza.

De la isla en que nací, del poblado habanero donde viví mi niñez, que tenía más de pueblo rural que de suburbio urbano, recuerdo: su verano con brisa; su otoño caluroso y temporada ciclónica en apogeo; su invierno moderado, sabroso, sin lluvia; su primavera sin igual, hermosa, agradable.

Allí están, en mis gratos recuerdos: su mar siempre azul y siempre cercano; la brisa al atardecer, suave, refrescante; sus noches claras con el cielo cuajado de estrellas, que para mi imaginación infantil eran enjambres de cocuyos extraterrestres.

Mi paladar guarda con deleite los ricos sabores de sus frutas, viandas y las apetecibles golosinas criollas: boniatillo, cremita de leche, casquitos de guayaba, dulce de coco en almíbar, raspadura, pulpa de tamarindo dulce, pastel de ron, buñuelos y… paro de contar porque "se me hace la boca agua".

Con la magia de la mente, abordo la máquina del tiempo (como en la película), y vuelvo a las ciudades, los poblados pequeños, los caseríos y los barrios… donde vivía "mi gente", mis vecinos: criollos y peninsulares; negros y mulatos; chinos y libaneses; americanos "aplatanados".

Reviviendo la jovialidad del pasado: regreso a jugar al cubilete sobre el mostrador de la bodega de la esquina. Me siento a tomar un "café con leche" en la fonda con mesas de mármol, sin mantel, con azucarera y salero con granitos de arroz dentro… atendido por "el sobrín" (españolito recién llegado, sobrino del dueño), vestido con pantalón negro y camisa blanca con lacito negro prendido al cuello sin abrochar…

Los pregones de los vendedores ambulantes que formaban parte de la sinfonía bullanguera del vecindario, son mis preciados recuerdos folclóricos. El tamalero pregonaba: *tamales… pican y no pican… taa… males.* El vendedor de mangos, proponiendo a voces: *mango, mango, mangüé, que le gusta a uté*. El barquillero anunciaba sus "capiruchos" de hojaldre con el discreto tañido de su triángulo de orquesta sinfónica.

La estrella del pregón era un mulato campechano que se situaba, siempre, en una de las esquinas más transitadas de la barriada. La muchachada le

escuchábamos con mal intencionada atención, esperando se equivocase al final de su proclama, que era así: *Pastelitos, pastelones; chicharritas, chicharrones; mariquitas... maní.* Nunca cometía el error esperado.

El naranjero, no recuerdo su pregón, empujaba con lentitud su carretilla de ruedas grandes y espacio de carga horizontal, con las naranjas, colocadas con maestría, como pirámides egipcias. Manejaba, con la destreza de un maestro tornero, la maquinita de pelar las naranjas.

A la puerta del colegio, el pirulero, no necesitaba vocear su mercancía. Su farola con pirulís de varios colores y sabores, atraía lo mismo a los "fiñes" de primaria que a los "grandes" del bachillerato.

Retrocediendo en el tiempo, vuelvo a la esquina del barrio donde, en las noches, nos reuníamos los jóvenes desde que éramos niños. En aquella asamblea de amigos se hablaba con entusiasmo, sin reñir, de deportes y asuntos de actualidad, y se preparaban en grupo, los eventos de cada fin de semana: juego de pelota, playa, cine, baile. Momentos que, a pesar "de todo lo que ha llovido desde entonces", no he olvidado.

Aún recuerdo con reverencia al elegante del vecindario, de profesión "apuntador de bolita" (lotería ilegal), enfundado en su guayabera de hilo, blanca, almidonada, bien planchada, mostrando al sonreír varios dientes de oro que le agregaban esplendor a su elegancia.

A Cuba, la de entonces, el tiempo, la distancia… y la vejez, no han podido desprenderla de mí. La recuerdo y extraño con la tristeza con que se añora a la madre ausente.

De la canción "Lamento Cubano", de Guillermo Portabales, es esta estrofa que refleja mi sentir… y el de muchos:

¡Oh! Cuba hermosa, primorosa ¿Por qué sufres hoy tanto quebranto?
¡Oh! Patria mía, quien diría que tu cielo azul nublara el llanto.
¡Oh! Al contemplar tu ardiente sol, tus campos llenos de verdor,
Pienso en el tiempo aquel que se fue… Cuba